

# EN TORNO A LA CREACION MUSICAL

Discurso leído el 18 de noviembre de 1969 por el Excmo. Sr. D. Joaquín Rodrigo Vidre en su recepción pública como académico de honor y contestación del Excmo. Sr. D. Javier Goerlich Lleó, presidente de la corporación

EXCMO. SR. PRESIDENTE;  
EXCMOS. E ILMOS. SEÑORES;  
SEÑORAS Y SEÑORES:

Nada más oculto y escondido en el más inextricable arcano que el proceso de la creación musical. ¿De dónde afluye esta facultad, que se diría innata, de inventar, como decían nuestros vihuelistas, melodías, descubrir armonías yacentes en las cuerdas o en los tubos abiertos de los instrumentos de viento y levantar arquitecturas sonoras?

Años, siglos, viene el hombre tratando de descubrir este arcano y de explicar este sutil y complicado mecanismo, sin que hasta ahora haya podido levantar otra cosa que un castillo de aventuras y alambicadas hipótesis. Su capacidad musical ha sido, indudablemente, algo no aprendido, aunque, al transcurrir del tiempo, el estudio y otras circunstancias hayan avivado y desarrollado aquella latente facultad.

Desde que el hombre existe, se encuentra envuelto por esa extraña, constante y mágica música de la naturaleza, que le excita o le adormece, que le llena de terror o de contento. El rumor del mar o el discurrir de los arroyos, el susurro de las hojas agitadas por el viento («campanas a través de las hojas», ha podido escribir Debussy), el estampido del trueno, el galope de los animales o el canto de los pájaros han podido influir en la posibilidad musical del hombre, dotado como está de un poder de imitación, pero, especial y particularmente, aquella ignota y esencial facultad musical a la que antes aludí y que le ha servido para expresar sus sentimientos y emociones, así como su alegría o su tristeza, por medio de los sonidos.

Producto de miles de años y fiel manifestación de las más variadas culturas, ante nosotros tenemos hoy el más sutil y más complicado lenguaje artístico, siempre hirviente y sometido a constantes evoluciones y transformaciones.

Conocemos el poder de las virtudes de la música para enardecer el ánimo, mitigar el cansancio, adormecer los sentidos, despertar el amor y exaltar el gozo o aumentar la tristeza; también sabemos de su mecánica exterior, pero muy poco conocemos de su recóndito ser.

El compositor queda absorto y atónito ante su propia creación; sabe analizar su textura, pero ¿en qué consiste su función creadora? Sabe que la música no sólo se basta a sí misma, sino que prolonga y exalta la emoción de la palabra, evoca en nosotros un sentimiento o un acontecimiento pasado, es capaz de describir, hasta de narrar un hecho, imitar un fenómeno de la naturaleza y sabe cómo se ha ido logrando su vasta técnica a lo largo de los siglos. Del rudimentario y tosco batir de sus manos y de sus pies, del primitivo golpear o redoblar en sus tambores, del incipiente canto de su voz o del áspero o agudo sonar de sus caracolas, va descubriendo el tintineo de los instrumentos de cuerda, el suave sonido de la flauta o las bélicas llamadas de las trompas de guerra. Descubre —y esto es una de sus más inauditas hazañas— el poder manifestarse musicalmente en direcciones distintas y superpuestas; obtiene una variedad rítmica que se diría infinita, y consigue un oído que comprende y asimila un número de sonidos cada vez

mayor y que soporta nuevas y nuevas agregaciones armónicas y que retiene y relaciona toda una arquitectura sonora que cruza ante él y vive tan sólo en el tiempo. ¡Qué mágica alquimia destila la música!

En la antigüedad se le atribuía a la música orígenes divinos, y a una de las nueve musas, Euterpe, se la adornaba con los atributos musicales. Nosotros mismos entrevenemos a Dios, en su trono, rodeado por legiones de ángeles y serafines que cantan su alabanza por los siglos de los siglos. Los primeros médicos eran también músicos, y los músicos eran magos que con su magia y su música curaban a los enfermos y les predisponían para obtener el favor de los dioses. Hasta nuestros días han llegado estas prácticas, y todavía se puede ver a los derviches adormecer las serpientes con el son de sus flautas, mientras que ellos giran y giran sin cesar, y como en los remotos siglos, se le reconoce a la música virtudes curativas, no sólo aplacando y mitigando nuestras pasiones, sino que sirviendo para curar otros males.

Los sacerdotes, cuando se dirigían a sus dioses o imprecaban sus favores, lo hacían, lo hacen todavía, salmodiando y cantando; y cantando transmitían a los pueblos las predicciones de los oráculos. Cantaban y cantan sus plegarias para que sus palabras subieran más alto, a lo alto, ya que la música es un arte sin peso ni medida específica, y así, Mendelssohn ha podido escribir *En las alas del canto*, y lo maravilloso es que San Agustín nos haya dicho que en el juicio final nuestros cuerpos se tornarán sonidos, es decir, algo etéreo, inaprehensible, como nuestro espíritu.

Divinidad y magia envuelven la esencia y origen de la música, y nuestros maestros del siglo XVI, como antes dije, se llamaban a sí mismos inventores y se amparaban de Orfeo, el semidiós que calmó la cólera de las furias con su canto y consiguió arrancarles a su adorada Eurídice.

Hemos pretendido domeñar y enclaustrar el don de la creación, enseñándola por medio de reglas fijas y métodos probados; pero lo único que podemos aprender y enseñar —y aun esto varía con el tiempo— es lo que el hombre ha sabido codificar. Aprendemos la consútil matemática de la métrica musical; sabemos ordenar los grados de las varias funciones tonales y su jerarquía dentro del sistema diatónico, en el que durante tantos años ha venido descansando nuestro arte; comprendemos y reconocemos las distintas formas y arquitecturas que han engendrado aquellas mismas jerarquías tonales y el imperio del metro; conocemos del antagonismo temático, de sus deducciones y consecuencias, de la variedad de los agentes sonoros, que causan en nuestros sentimientos tantas sensaciones diferentes. Todo ello lo ensayamos y aprendemos, pero ¿en qué consiste y en dónde reside la creación musical?, ¿qué es la inspiración y en qué escondido repliegue de nuestro ser encontrarla, aunque a veces parece que llega a nosotros en virtud de un poderoso esfuerzo de la voluntad? Creamos, pero creo que no sabemos en qué consiste la creación, aunque conocemos, a veces, el origen de las causas que la motivaron.

Corresponde a filósofos e investigadores del quehacer estético desentrañar el arcano y el porqué y el cómo de la creación artística. Quede para nosotros los compositores

el milagro de ordenar una nueva sucesión armónica, descubrir un neologismo sonoro, cantar una nueva melodía o hacer vibrar el inédito tejido de una malla orquestal.

Creo, en suma, que tenemos un don musical porque

Dios nos ha concedido una diminuta chispa, una fugaz centella de su inmenso e insondable poder creador. Lo único que nos cabe hacer es ofrecerlo y compartirlo con auténtica modestia y con infinita humildad.

## DISCURSO DE CONTESTACION

EXCMO. SR. PRESIDENTE;  
EXCMOS. E ILMOS. SEÑORES;  
SEÑORAS Y SEÑORES:

Siempre es día de alegría y esperanzas el de ingreso en nuestra corporación de un nuevo compañero; y siempre es motivo de reconocimiento y gratitud el honor de ser el portavoz de esta Academia en cualquiera de estos actos.

Seguramente ha de sorprender, a no pocos de los que me escuchan, qué razón puede justificar sea mi persona, amante del arte musical como el que más y admirador en alto grado de nuestro gran maestro, pero sin título alguno dentro del campo de la música, la indicada para expresar la bienvenida a esta nuestra Academia de San Carlos de Valencia a quien, por tantos títulos como concurren en la persona de nuestro recipiendario de esta tarde, hemos de llamar maestro en tan bello arte.

Yo soy el primero en sentirme empequeñecido, aunque no cedo a nadie en amor y admiración a tan singular bella arte entre las bellas, y en cariño y afecto personal a su representante en la tarde de hoy; pero siempre fue norma singular en mi vida el espíritu de obediencia en el cumplimiento del deber, que en este caso me ordena su reglamento, por ocupar, por benevolencia de todos, el sitial presidencial de esta docta corporación, que en tan singular estimación considero y me honro en servir.

Quiero comenzar estas palabras trayendo a vuestra memoria un hecho que ciertamente me llena de gozo y singular satisfacción.

Me refiero concretamente a la circunstancia de que en el caso actual la alegría de este acto no está empañada por la nota triste que generalmente se ofrece por la pérdida o desaparición del compañero que dejó vacío el sitial que viene a llenar un nuevo recipiendario, pues el importante sillón de honor que ha de ocupar nuestro Joaquín Rodrigo lo debemos a la gentileza del valenciano ilustre que hoy desempeña, con singular acierto y para bien de nuestra España, la cartera de Educación y Ciencia, al excelentísimo Sr. D. José Luis Villar Palasí, por ser de nueva creación en la composición de nuestra real corporación académica.

Voy, pues, a dedicar unos minutos a refrescar en vuestra memoria la alta personalidad de nuestro nuevo compañero, bien conocida, aunque en algunos momentos no suficientemente comprendida y estimada en su noble y doble valor, humano y musical; en una palabra, voy a tratar de exponeros cómo es el hombre a quien recibimos, al tiempo que el maestro, su obra y su arte, a quien admiramos.

Sólo el pretender un esbozo de la biografía y singulares valores de nuestro eminente compositor, gran crítico y musicólogo, es superior a mis fuerzas, que no pueden suplir, en este caso concreto, ni la amistad ni el cariño ni la gran pasión por la música, que desborda mi vida.

En nuestra histórica y heroica ciudad valenciana de Sagunto y en el 22 de noviembre de 1902, día especialmente dedicado por la cristiandad a la conmemoración de Santa Cecilia como patrona del mundo musical, nace para este mundo nuestro Joaquín Rodrigo Vidre.

Su condición de levantino despierta la inquietud por el conocimiento amplio de nuestro mundo y la facilidad de asimilación que le caracterizan.

Vive en el ambiente de nuestra capital, donde camina los primeros pasos en sus estudios musicales de piano, ar-

monía y composición, bajo la tutela de don Francisco Antich y felizmente aconsejado de nuestros compositores y críticos Eduardo López Chavarrí y Enrique Gomá.

Fue luego a Alemania y en 1927 pasa a París, donde, en la Escuela Normal de Música, completa sus estudios de composición con Paul Dukas y conoce a Manuel de Falla, el gran compositor español, cuyos consejos y amistad hubieron de influir, sin duda, en su importante y rápida carrera.

No podemos olvidar que cuando nuestro recipiendario llega a París lo hace llevando ya consigo obras tan singularmente suyas como la *Zarabanda lejana*, el *Preludio al gallo mañanero* y la cantiga *Muy graciosa es la doncella*, que son premiados con un éxito decisivo y esperanzador al ser conocidas en nuestra vecina capital francesa.

Su profesor Paul Dukas, escéptico, ingenioso, burgués, culto y libre ya, por su edad, de entusiasmos inmediatos, señala a nuestro Joaquín Rodrigo, al conocer su música difundida por los medios musicales de la capital francesa, como el mejor dotado de los grandes compositores musicales españoles de la época.

En 1928 conoce a la pianista Victoria Kamhi, alumna distinguida del profesor Jorge Lalewice, en Viena, y del profesor Lazare Lévy y Ricardo Viñes, en París, con quien contrae matrimonio en 1933. La desde aquel momento señora Rodrigo es mujer incomparable, de cuya valía personal brillan como estrellas fulgurantes su bondad, su modestia y su talento. Su honda ternura de madre, esposa y confidente la convierten en su más asidua colaboradora, que ha sabido dar luz a la extraordinaria y concentrada vitalidad e imaginación de nuestro insigne maestro.

En 1934 la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando le concede una de las becas del conde de Cartagena, que conserva excepcionalmente durante dos años y le permite un largo viaje por Centroeuropa y una nueva estancia en París.

Son numerosos e importantes los premios y distinciones que, sin solución de continuidad, ha venido conquistando nuestro recipiendario con las producciones de su mano, fruto de su extraordinaria inspiración y talento, en las diferentes edades de su crecimiento físico-intelectual y artístico. Entre ellos, merece ser singularmente destacado, en el propio 1934, el del Círculo de Bellas Artes al poema sinfónico *Per la flor del liri blau*.

En 1939, cuando su música era ya familiar en los salones de París, traslada su domicilio a Madrid, terminada nuestra guerra de Liberación, donde se instala definitivamente a los pocos meses de la normalidad, y poco después, en 1940, cuando la grandeza de su alma había conquistado un sublime puesto en el corazón de todos, da a conocer su *Concierto de Aranjuez*, para guitarra y orquesta, que ha dado la vuelta al mundo, colocándose en el primer plano de la música española.

A partir de este momento, los estrenos de nuestro ilustre autor han sido y siguen siendo verdaderos acontecimientos artísticos. De ellos se distinguen, con el premio nacional de música del 1942, el *Concierto heroico*, para piano y orquesta, y con el premio nacional «Cervantes», las *Ausencias de Dulcinea*, para bajo, cuatro sopranos y orquesta, en el año 1948.

Si pretendiera resumir los cargos que ha desempeñado o viene desempeñando y las distinciones de que ha sido objeto, a más de ser tarea larga, quedaría expuesto a olvidos

u omisiones dolorosas. Así, pues, sólo he de referirme a los más destacados de su vida activa profesional y social, bien merecidos, y sobre todo es importante resaltar que el inquieto alumno de la Sorbona y del Conservatorio de París, en la clase de Maurice Emmanuel, pasó a ser juez singular de períodos importantes de nuestra historia musical y crítico agudísimo de nuestras exhibiciones musicales, vertiendo conceptos, con su fino instinto del mundo del gran arte, en el desempeño de sus clases de Historia de la Música en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad madrileña (cátedra de Manuel de Falla), dando al propio tiempo buenas pruebas de su amenidad como conferenciante, de su fino instinto como crítico musical y de su insaciable curiosidad histórica, que le acercó tantas veces al campo de la Musicología, como tentación irresistible.

Sus críticas nos ponen de manifiesto, con su singular «humor», sus cualidades excepcionales de historiador e investigador, y con una agudeza literaria deliciosa, nos las sirve en forma de charla amigable y como modelo de viveza y comprensión. Sin temer a exageraciones, os diré que su labor, extraordinaria como compositor, parece ser en nuestro gran maestro momentos de inspiración para ratos perdidos.

En el mismo 1942 le es confiada la jefatura de la Sección Musical de la Organización Nacional de Ciegos de España, en donde su actuación diaria quedó sembrada de hondas y conmovedoras raíces.

En 1944 es designado asesor musical de la Radiodifusión Española. Sería tarea harto difícil relatar acierto por acierto de su gestión.

En 1945 le fue concedida la encomienda de Alfonso el Sabio, que en julio de 1953 fue elevada por nuestro amado Caudillo a la categoría de gran cruz, en la propia orden.

Poco después, en 1950, fue elegido por unanimidad miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en la que hizo su ingreso el 18 de noviembre de 1951, recibiendo la bienvenida de labios de S. A. R. el Infante don José Eugenio de Baviera y Borbón.

Siguiendo el orden de distinciones bien merecidas, en 1954 se le nombra vicepresidente de la Sociedad Internacional de Música Contemporánea.

En 1960 le concedió el Gobierno francés la orden de Officier des Arts et Lettres, y en 1963, la orden de caballero de la Legión de Honor.

La Universidad de Salamanca le distingue con el título de doctor *honoris causa* en 1964, y el Gobierno español con la gran cruz del Mérito Civil y la medalla de oro del Mérito en el Trabajo, en 1966.

Poco tiempo después, en 1967, fue nombrado miembro de la Société Européenne de Culture, y en 1968, miembro de L'Académie du Monde Latin, de París.

Interés particular despierta el conocimiento de los antecedentes biográficos de nuestro recipiendario que os acabo

de exponer, pero importa especialmente en estos momentos su producción musical.

La obra de nuestro recipiendario es bien conocida de todos por su grandeza, por su amplitud, por lo que significa en el campo musical y por la acogida que ha merecido en nuestra España y el eco de inmortalidad que conquistó ya en la universalidad; pero es tanto lo que esperamos todavía de su talento, sólida preparación, firme orientación y esa chispa de genio innata a su persona, que su admiración nos desplaza y paraliza ante lo que puede significar su obra ya en plena madurez, que ofrece, a cuantos tenemos la mirada puesta en su momento, la seguridad y certeza de la ocupación de un lugar destacado y primordial, que emula, en vías de superación en nuestra generación y en relación a la evolución de nuestra música, al recuerdo de lo que Albéniz, Falla y Turina fueron en las generaciones inmediatas que nos precedieron.

Quisiera hablaros de su obra, de cuanto para Europa ha significado y de cuanto significa su persona para la misma Europa y para la música española en el momento que vivimos; pero ni el tiempo ni mi pequeñez pueden permitirme, pues del estudio crítico de su producción se han ocupado labios autorizados en su lugar y circunstancias.

Del interesante discurso que acaba de dedicarnos debemos resaltar, como cualidades singulares de nuestro recipiendario, la inquietud, el deseo de ser, a más de músico, hombre europeo, hombre de su tiempo, presentándose con una naturalidad y musicalidad admirables al manejar los elementos del aire, el lenguaje de los pájaros y todo el etéreo.

Su primacía está siempre concedida a la música en sí, aunque de ella se deriven las mayores audacias, sin perder de vista los recursos alcanzados con los instrumentos empleados. A este propósito quiero recordaros palabras propias; dice nuestro gran maestro: «Lo que más me preocupa cuando abordo una composición, con un imperativo sonoro, como ocurre con los conciertos para un instrumento determinado, es reflejar el carácter de aquel instrumento.»

Quiero reiterar mi felicitación más cordial al nuevo compañero, al maestro insigne, que en el resto importante de su vida, que ruego a la Providencia le conceda pródigamente larga y feliz, conserve su ilusión por atraer hacia sí lo más vivo e interesante del mundo musical de nuestra amada España; y quiero terminar estas—mal trazadas líneas, fórmula reglamentaria para expresar nuestra ilusionada y sincera bienvenida a nuestra amada corporación, impuestas por el deber, pero inspiradas en el afecto y la admiración, con el deseo, la esperanza, la fe en vuestro talento, de que llegue a desaparecer en vos el fantasma de la insatisfacción de vuestra propia labor, por haber logrado poner en pie la nueva técnica, la no aprendida de vuestra música, en que ya tiempo venís empeñado y que en tan alto grado ya habéis logrado.